



# **“¡Ahora sí, Guerra civil!”**

Clase-etnia, nación e insurrección en el Altiplano  
de La Paz. Génesis de la Guerra del gas  
(1931-2003)

Reseña del libro “¡Ahora sí, Guerra civil!”

Emma Lazcano Dávalos

\*\*



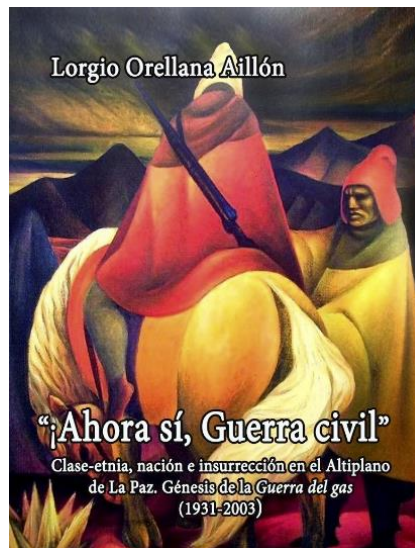
## **Lorgio Orellana Aillón**

## Reseña del libro “¡Ahora sí, Guerra civil!” Clase-etnia, nación e insurrección en el Altiplano de La Paz. Génesis de la Guerra del gas (1931 – 2003)

Emma Lazcano Dávalos\*

**Cómo citar:** Lazcano, E. (2024). Reseña del libro “¡Ahora sí, Guerra civil!” Clase-etnia, nación e insurrección en el Altiplano de La Paz. Génesis de la Guerra del gas (1931 – 2003), *Revista Dialógica Intercultural*, 4, 196-202. **DOI:** <https://doi.org/10.5281/zenodo.14618074>

Recibido: 5 de noviembre de 2024 • Aprobado: 10 de diciembre de 2024



“Ahora sí, Guerra civil” es el resultado de una investigación profunda de Lorgio Orellana Ayllón, un investigador comprometido con los temas político - sociales que aborda. El libro remite a un suceso importante, trascendental, de la historia boliviana de los primeros años del siglo XXI, tiempo de ascenso de la movilización de los de abajo contra el proyecto neoliberal, implementado en Bolivia a partir de 1985. Nos referimos a la llamada “Guerra del Gas” que aconteció entre septiembre y octubre de 2003 y tuvo un alcance nacional, pero su epicentro protagónico se situó en el altiplano norte del departamento de La Paz, particularmente, la ciudad de El Alto. Recordemos que aquella insurrección popular se llevó por delante al presidente de entonces, Gonzalo Sánchez de Lozada (“Goni”), quien tuvo que renunciar a su investidura y huir del país, cargando la responsabilidad de haber perpetrado una masacre contra el pueblo alteño y en Warisata.

En la introducción, Orellana sostiene que este libro se concentra en desarrollar el argumento referido a que la lucha de clases-etnias significa un campo de fuerzas societal, el cual da origen a la conflictiva cuestión nacional contemporánea y adquiere la forma de lucha por la hegemonía. Para poner a prueba su hipótesis, escribe el autor: “examino algunos aspectos cotidianos de la formación de una clase-etnia en el Altiplano Norte de La Paz durante el período 1931 – 2003 y su rol contrahegemónico desempeñado durante la coyuntura insurreccional de septiembre-octubre de 2003” (2024, p. 27), en una Bolivia comprendida como “sociedad capitalista de desarrollo combinado”, que genera procesos densos y heterogéneos, con la imbricación de múltiples tiempos, memorias y otros factores.

En ese sentido, el autor optó por un enfoque teórico que combina las perspectivas de E. P. Thompson y Antonio Gramsci y, metodológicamente, explora los cursos/trayectorias de vida de varios protagonistas —aquellos que aún hoy, en la ciudad de El Alto, son reconocidos como “guerreros del gas”—, buscando “regularizaciones en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones” (p. 45). El trabajo de campo y análisis riguroso de los datos, le permitió “identificar las contradicciones socioculturales de larga duración que, en buena medida, ayudan a explicar sus tomas de posición durante la coyuntura insurreccional de septiembre-octubre de 2003”. De modo que la investigación no se centró únicamente en este breve período insurreccional, sino que se orientó a comprender con agudeza los elementos, o ribetes, del pasado que contribuyeron, o que persistieron, en el estallido de ese presente.

En medio de esa densidad histórica, sus combinaciones y paradojas, Orellana identificó al sujeto colectivo en acción durante la Guerra del Gas, en cuanto clase-etnia. Lo nombra como clase “trabajadora-aymara”, no desde la inspiración del investigador, sino desde la voz y la mirada propia de sus entrevistados. Eran “trabajadores aymaras”, venidos/situados en una urbe populosa y carente, atravesados en lo inmediato por los impactos del neoliberalismo en sus vidas: laburantes precarizados, subempleados, eventuales, cuentapropistas pobres y otros semejantes. Muchos no dejaban de estar vinculados y evocar a sus comunidades de origen. En ellas sus padres o abuelos fueron expropiados por el régimen hacendal, tiempo de la ciudadanía letrada señorial, vigente hasta la Revolución Nacional de 1952 que trajo consigo la reforma agraria, la nacionalización de las minas, el sufragio universal y la escuela pública extendida a la ciudad y el campo.

La experiencia de la escuela y del servicio militar obligatorio, para los hombres, constituyeron un espacio donde los protagonistas de la Guerra del Gas, abordados por el autor, bebieron del imaginario nacional boliviano y de la ritualidad de la ciudadanía mestiza —incluso, de la masculinidad hegemónica— acuñado por el Estado Nación del 52, con efecto de experiencia para la dominación/subordinación. Todo aquello, paradójicamente, llegó a adquirir un papel significativo para los insurrectos de septiembre-octubre de 2003, en la defensa de los recursos naturales del/para el pueblo boliviano, en respuesta al proyecto gubernamental de entonces, que buscaba la venta del gas a Estados Unidos (California) mediante un puerto de Chile; nada menos que a través del país que

arrebató al nuestro su acceso al mar en el siglo XIX, hecho siempre exaltado en la puesta en escena del nacionalismo boliviano en la escuela y el ejército.

“Ahora sí, Guerra civil”, nos conduce por ese devenir de la Guerra del Gas, en los que insurrectos subvierten su condición subalterna y emergen, bajo los rasgos de la época, como una clase-etnia, es decir, un “nosotros” con fronteras definidas respecto del “otro” antagónico: la clase-etnia dominante en el gobierno, comprendida desde significantes varios que conjugaron en ese momento y desde un pasado: ricos, q’aras, patrones, vende-patrias, transnacionales, extranjeros, chilenos, gringos. En aquella coyuntura histórica, la confluencia y combinación de los varios factores contingentes, que el libro logra exponer con claridad, produjo una movilización social de amplio alcance —articulada en la demanda de nacionalización e industrialización de los hidrocarburos— tanto en la urbe alteña y el altiplano cercano, como en la contigua ciudad sede de gobierno (La Paz) y también más allá.

En la afirmación del autor, las masacres cometidas por el ejército en Warisata (septiembre) y El Alto (octubre) “gatillo” en la subjetividad de los insurrectos, el brote de un nacionalismo boliviano desde abajo y en sus propios términos, habida cuenta que sacrificaban hasta sus vidas en defensa de los recursos naturales, asociada al resguardo de la soberanía nacional. Esto significó que esos trabajadores-aymaras, vecinos de la ciudad de El Alto y comunarios del entorno, llegaron a reconocerse como los “verdaderos bolivianos”, héroes de la patria/pachamana. Ese despliegue, descrito analíticamente en el libro, nos permite comprender que esa experiencia implicó una inflexión epistémica en ellos, que les permitió autorizarse o autohabilitarse para la disputa por los destinos de Bolivia, poniendo en el centro la cuestión del poder y dirección del Estado, desde sus propios sentidos y su agenda —una que, en concreto, fue bautizada por entonces como Agenda de Octubre.

La Guerra del Gas halló su resolución —sin anular su oleaje— en la sucesión constitucional, en favor del entonces vicepresidente de la República, Carlos Mesa. Orellana registra que dicha demanda tomó cuerpo en las clases medias y altas paceñas. Estas también salieron a las calles, activando (sus) repertorios de movilización por “paz” y “unidad”. Fue determinante la huelga de hambre iniciada por personalidades conocidas, ilustradas, notables y bien vinculadas en su condición de clase —liderada por Ana María Romero de Campero y apoyada por la misma iglesia católica—, quienes se erigieron en la mediación entre los de abajo, que ya no cedían, y el gobierno acorralado en sus propios errores/horrores.

Existen varias investigaciones importantes sobre la Guerra del Gas. Respecto a ellas, lo novedoso de la investigación de Orellana es que escudriña en la génesis de la emergencia nacionalista de lo boliviano, en dicho acontecimiento, desde un tiempo denso de larga duración (1931-2003) y desde la noción de clase-etnia en “perspectiva socio-histórica”. En su travesía manifiesta explícitamente su diferencia con Silvia Rivera, concerniente a su planteamiento sobre el fracaso del proyecto de homogeneización cultural del MNR;

también con René Zabaleta Mercado, con referencia a su máxima sobre lo “abigarrado”; así como con las lecturas desde el “racismo” y opta en su lugar por la óptica de la “animalización”, para analizar la producción dominante de la representación subhumana del “indio”.

En su abordaje, toma también distancia de la visión dominante de la sociología de los movimientos sociales y su argumento de la pérdida de la centralidad del conflicto de clases en la era de la globalización. En contrapunto afirma

Las marchas, las asambleas, los cabildos, en resumen, múltiples eventos de movilización social, devinieron en las escenas en las cuales las contradicciones socio-culturales adquirieron la forma de conflicto político de clase-etnia en situación (...). Y en las propias interacciones, el proceso de movilización social, de rearticulación como clase-etnia trabajadora aymara se configuró como una lucha de la ‘nación oprimida’ frente a ‘las transnacionales’, los ‘gringos’, los ‘chilenos’, ‘los patrones’; un movimiento anticapitalista que, en su camino fue destruyendo bancos, empresas privadas, planteándose una lucha por el control de los medios de producción (‘la nacionalización’) y derivando en una insurrección que puso en cuestión el destino del poder del Estado. En resumen, un movimiento clásico en los albores del siglo XXI. (p. 479)

De este modo Orellana permite entrever los alcances de la potencia y limitaciones de los insurrectos en la Guerra del Gas.

La propuesta teórica, que orientó y ofrece la investigación hecha libro, se expone de forma concentrada en la introducción, a partir de la formulación de seis “ecuaciones”, poniendo sobre la mesa las novedades conceptuales y concatenaciones. Tal es el caso de “sociedad civil-comunitaria”, “individuos-comunarios”, “sociedad política-comunitaria” y, desde luego, “clase-etnia”.

Con todo, el libro es extenso. A lo largo de ocho capítulos el autor nos conduce, textualmente: por la emergencia del iluminismo de los colonos de la hacienda en el régimen antiguo; las contradicciones de clase-etnia de la post revolución de 1952 y los problemas de la ciudadanía mestiza; la nacionalización del campesinado aymara en el Altiplano Norte de La Paz; entre la emergencia de una nueva clase trabajadora aymara en el distrito 4 de la ciudad de El Alto y el “asalto al Estado” en febrero de 2003; entre los eventos de la masacre de Warisata y la rearticulación de las movilizaciones de los campesinos aymaras como clase-etnia; entre los eventos relativos a la venta del gas a los Estados Unidos y la emergencia de lo nacional-popular; la génesis de la Guerra del Gas y la irrupción de un nuevo imaginario nacional y la lucha por el poder del Estado. Sí, son casi 500 páginas, empero, en todas ellas el autor ofrece una estructura bien trabajada y una escritura limpia. Sin duda, es una obra para la consulta, el aprendizaje, la inspiración y nuevas interrogantes acerca de las luchas sociales en nuestra sociedad poscolonial, donde continúa primando “el dogma precapitalista de la desigualdad”, como diría Zabaleta, citado por Orellana.

Ese dogma, por ejemplo, está siempre presente en uno de los nudos cruciales de la Guerra del Gas, como son las masacres ejecutadas por las fuerzas del orden contra los insurrectos. Visto desde este tipo de violencia *in extremis*, en nuestra perspectiva, el libro que hoy nos ocupa tiene antecedentes en la misma producción previa del autor. Hablamos de su libro “La masacre de Navidad” (2000). Esta masacre acaeció en el Norte de Potosí (Amayapampa – Capacirca – Llallagua), durante el primer gobierno de Sánchez de Lozada, es decir, en una coyuntura en la que este y su proyecto neoliberal se encumbraron, de modo que pudo mirar triunfante a los caídos. En cambio, ante las masacres durante la Guerra del Gas, lo que miró fue su debacle.

### Referencias

1. Orellana Ayllón, L. (2024). *“Ahora sí, Guerra civil”. Clase-etnia, nación e insurrección en el Altiplano de La Paz. Génesis de la Guerra del gas (1931 – 2003)*. Subterránea Editores.
2. Orellana Ayllón, L. (2000). *La Masacre de Navidad. Economía combinada, Alianza Obrero Campesina y Autogestión*. CEDIB.

## Notas

---

\*Norte-potosina. Psicóloga Social. Con experiencia laboral en instituciones públicas y organizaciones no gubernamentales, en el área de dirección y planificación estratégica, pueblos indígenas, gestión territorial y de recursos humanos, educación, género, intercultural y democracia. Es docente de posgrado en universidades públicas. Tiene investigaciones y publicaciones referidas a autonomías indígenas, violencia contra las mujeres, jóvenes y democracia. Aficionada a la lectura, la costura, al tango y al teatro. ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-3497-3014>. Dirección de correo electrónico: [emma.lazcano@gmail.com](mailto:emma.lazcano@gmail.com)

\*\* *Nota*. Adaptada de la tapa del libro Reseña del libro “¡Ahora sí, Guerra civil!” Clase-etnia, nación e insurrección en el Altiplano de La Paz. Génesis de la Guerra del gas (1931 – 2003), por Grover Acero y Martín Colque, CI PROEIB Andes, 2024